

ORIENTE PRÓXIMO, CENTRO DE GRAVEDAD DEL PROCESO EUROMEDITERRÁNEO

Juan Manuel Ortí Pérez

Teniente coronel de Infantería de Marina.

Profesor del CESEDEN.

Introducción

Del Mediterráneo se ha dicho que es «crisol de pueblos y de culturas, lugar de encuentro», «encrucijada de continentes», «mar que une», etc., pero tras esa visión romántica que algunos tienen, se esconden una serie de realidades que no se pueden pasar por alto. Tales son, entre otras, la importancia geoestratégica de nuestro mar cuyo valor levanta codicias, y el hecho de que constituye una barrera geográfica entre el Norte y el Sur, barrera que separa diferentes culturas y que para muchos es infranqueable. Quizás por ello ha sido lugar de continuas disputas y escenario de sangrientos conflictos a lo largo de la Historia, y en el presente constituye el «patio trasero» de una Europa en cambio. Como dijera Andrés Ortega:

«Las aguas del Mediterráneo han demostrado su conductividad para hacer que conflictos aparentemente inconexos influyan unos sobre otros, y esta zona se convierte en una acumulación de problemas, ante los que Occidente ha perdido capacidad de influencia a la hora de contribuir a resolverlos» (1).

Pero a las características geográficas que pudiéramos llamar permanentes, hay que añadir las derivadas de una serie de acontecimientos ocurridos desde la Segunda Guerra Mundial: la creación del Estado de Israel, la «balcanización» de los Balcanes, el desmoronamiento del sistema soviético y el proyecto de una Europa unida, han tenido una enorme repercusión en la estabilidad del Mediterráneo.

No han faltado iniciativas encaminadas a hacer posible la convivencia pacífica en la región, unas más realistas que otras, pero todas han encontrado similares obstáculos. El trabajo que ahora comenzamos pretende analizar una de estas iniciativas —el Proceso Euromediterráneo—, conscientes de la trascendencia que puede tener su paralización en el momento que actualmente vive la región. De ahí la actualidad del tema que nos ocupa y su importancia. Pero además, tanto la actualidad como la importancia de este asunto, tienen para nosotros en este momento el efecto multiplicador del papel que juega España en ambos procesos y el hecho de que la próxima Conferencia Euromediterránea se vuelva a celebrar en nuestro país.

Pretendemos en las páginas que siguen analizar la repercusión que tiene la cuestión de Oriente Próximo en el Proceso Euromediterráneo.

(1) ORTEGA, A.: «Año de siembra en un cruce de siglos», *Anuario CIDOB* 1997.

Hemos encontrado algunos trabajos que tratan por separado los dos asuntos que aquí pretendemos relacionar, publicados fundamentalmente en forma de artículos de prensa y revistas, pero ninguno que trate la influencia del problema palestino en el Proceso Euromediterráneo. Las fuentes consultadas se han relacionado en la Bibliografía que figura al final del presente trabajo.

Antecedentes

Fue la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) la que planteó en 1950 por primera vez la sugerencia de que se celebrara una conferencia para la seguridad europea. La propuesta concreta se presentó en 1954 y contemplaba la firma de todos los Estados europeos y el establecimiento de una organización que institucionalizara la iniciativa. Pero las potencias occidentales consideraron inaceptable la propuesta por cuanto suponía el reconocimiento de la República Democrática Alemana, la imposibilidad de incluir a la República Federal de Alemania en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y un perjuicio para los intereses de seguridad de Europa y América del Norte. La idea quedó congelada durante algunos años y fue eclipsada por ciertos acontecimientos como la invasión de Hungría o la construcción del muro de Berlín.

A mediados de los años sesenta, con motivo del incremento de intercambios Este-Oeste, la URSS planteó de nuevo la conveniencia de una conferencia europea de seguridad, que adoptara un texto formal preferentemente de carácter legal, que ratificara las fronteras existentes en Europa y que sirviera para diseñar un marco de cooperación económica a gran escala entre el Este y el Oeste. Aunque esta nueva propuesta encontró adeptos entre los Países No Alineados, fue recibida con cautela por la OTAN, que puso una serie de condiciones. Los obstáculos encontrados se superaron con la aceptación por parte de la URSS en 1970 de la participación norteamericana y canadiense en la conferencia; la reconsideración del estatus de Berlín y de los acuerdos de la URSS, Polonia y Alemania del Este con la Alemania del Oeste; y el inicio de conversaciones relativas a la reducción de armamentos. Las conversaciones comenzaron en noviembre de 1972 y dieron lugar a la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), cuyo Acta Final fue firmada en Helsinki por 35 jefes de Estado y de Gobierno entre el 30 de julio y el 1 de agosto de 1975. Había nacido el Proceso de Helsinki.

En la Conferencia se establecieron tres campos de actuación o «cestos», el primero de ellos relativo a la seguridad y a las medidas de confianza (decálogo) y se intuía por primera vez una posible relación entre la seguridad europea y la seguridad en el Mediterráneo. Pero esta idea, quizás por el contexto internacional que se vivía en aquellos años, no se plasmó en ninguna realidad.

Lo más innovador del proceso iniciado fue a nuestro juicio lo relativo a la seguridad, quizás por ello se ha considerado que durante la guerra fría la CSCE fue el elemento clave que garantizó la estabilidad y los cambios pacíficos en Europa. Ello fue debido fundamentalmente a la reducción de las tensiones militares mediante la puesta en práctica de medidas de confianza. Para los más fervientes defensores de la Conferencia fue el origen de la desaparición de las barreras que separaban las «dos Europas».

A partir de 1989 tuvieron lugar una serie de acontecimientos que propiciaron una de las mayores transformaciones en la historia reciente de Europa. Tras la caída del muro se produjeron cambios tan vertiginosos que hicieron cambiar en muy poco tiempo los conceptos de seguridad hasta entonces vigentes y las relaciones entre los Estados europeos se vieron alteradas por esta realidad sobrevenida, cargada de esperanza a la vez que de incertidumbres. El sistema soviético se desplomó con la independencia de algunas repúblicas del bloque y con la fragmentación de los Balcanes. Por las mismas fechas otro suceso conmocionó al mundo: la guerra del Golfo. Todos estos acontecimientos tuvieron, en mayor o menor medida, una respuesta de la llamada «comunidad internacional».

También la CSCE acusó la repercusión de estos hechos que abrían nuevas puertas a la democracia, a la paz y a la unidad de Europa. La Conferencia adoptó en consecuencia nuevas responsabilidades para hacer frente a los nuevos retos de este periodo de transición que requería la institucionalización, el refuerzo de las capacidades operativas, la puesta en práctica de actividades sobre el terreno y la adopción de principios y compromisos. Ello se materializó, al menos en parte, en la «Carta de París para una Nueva Europa», firmada en noviembre de 1990, que recogía la voluntad de cambio en la Conferencia y reconocía la necesidad de institucionalizarla mediante un mecanismo de consultas políticas y mediante el establecimiento de instituciones permanentes.

Al hilo de los resultados de esta Conferencia de París, España e Italia, propusieron establecer una Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM). La iniciativa no se puso en marcha por el veto de Estados Unidos que veía en ella una posibilidad de perder protagonismo en la región y por el peligro de que se convirtiera en una organización paralela a la CSCE, debido fundamentalmente al alto grado de autonomía que requería. La idea no se descartó definitivamente y se siguió estudiando la posibilidad de constituir la.

Pero los intentos de establecimiento de las relaciones de la CSCE con los países no miembros del Mediterráneo son incluso anteriores al Acta Final de Helsinki. Ya en las sesiones de consulta previas a la creación de la CSCE, se estableció que se debía «conocer los puntos de vista de los Estados de las regiones vecinas, en particular de los Estados mediterráneos», es decir, desde el origen de la Conferencia ha existido una inclinación hacia la dimensión mediterránea. Esta inclinación se ha materializado no sólo en el Acta Final, que dedica un capítulo al Mediterráneo, sino también en las posteriores reuniones de la Conferencia dedicadas expresamente a esta región: La Valetta (1979), Venecia (1984) y Palma de Mallorca (1990).

Tras una serie de desarrollos institucionales y acelerada por la situación de los Balcanes, la CSCE pasó a constituirse en Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), decisión que fue adoptada en la cumbre de Budapest del mes de diciembre de 1994 y que se hizo efectiva el 1 de enero de 1995.

Pero otro importante acontecimiento histórico había reclamado durante estos años la atención de la opinión pública occidental: el Proceso de Paz de Oriente Próximo. Las negociaciones entre palestinos e israelíes parecían querer dar sus frutos después de muchos años sin entendimiento.

Esta situación había propiciado la celebración de la Conferencia de Madrid del 30 de octubre al 1 de noviembre de 1991, primera del Proceso de Paz de Oriente Próximo, que creó a su vez el clima apropiado para una conferencia mediterránea: había llegado el momento de mirar hacia el Sur.

Aquella voluntad mediterránea de la CSCE de la que antes hablábamos fue recogida por la OSCE, que ha dedicado y dedica esfuerzos a sus relaciones con los países mediterráneos diferenciándolos en dos categorías: países mediterráneos socios para la cooperación (Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Israel y Jordania) y países del Próximo Oriente. Pero el hecho de que estos países no sean europeos hace que la actuación de una organización paneuropea en el Mediterráneo sea limitada. Quiere decir esto, que a pesar de los intentos habidos por dar forma y contenido a esta dimensión mediterránea de la OSCE, sigue existiendo un gran escepticismo. Con estos condicionantes, el papel de la Organización se ha visto como complementario de otros procesos de diálogo que existen en la región y que son los que verdaderamente están consiguiendo relacionar a Europa con los países del Sur. Entre ellos se encuentra el Proceso Euromediterráneo.

El Proceso Euromediterráneo

De Madrid a Barcelona

Después de algunas décadas de relaciones bilaterales con algunos países mediterráneos y como resultado de lo tratado en las cumbres de Corfú (junio de 1994), Essen (diciembre de 1994) y Cannes (junio de 1995), la Unión Europea decidió proponer una asociación real a los vecinos de Sur, para estabilizar y equilibrar la situación socioeconómica en ambas orillas mediterráneas. Por un lado se perseguía la paz y la estabilidad y por otro frenar la emigración, utilizando como eje principal de actuación el de reducir las diferencias existentes en ambos lados en cuanto a nivel de vida y prosperidad.

Los días 27 y 28 de noviembre de 1995 se reunieron en Barcelona los ministros de Asuntos Exteriores de los 15 países de la Unión Europea y de los 12 miembros de Mediterráneo (Argelia, Chipre, Egipto, Israel, Jordania, Libano, Malta, Marruecos, Siria, Túnez, Turquía y la Autoridad Nacional Palestina) para aprobar la Declaración de Barcelona que instauraba el asociacionismo o partenariado euromediterráneo. De esta cita se vieron excluidas Albania y las repúblicas de la antigua Yugoslavia, inmersas en crisis y conflictos, Mauritania, que se relaciona con la Unión Europea a través del Convenio de Lomé, y Libia, que sufría las sanciones internacionales por el atentado de Lockerbie (2). Las reuniones no se limitaron al marco gubernamental, sino que tuvieron participación otros agentes de la sociedad civil y del ámbito económico. Se acordaron de esta manera los principios de una nueva política basada en la buena vecindad, el diálogo de todos los miembros en igualdad de condiciones, el intercambio de experiencias y el acercamiento en un sentido amplio.

(2) Libia es país observador del Proceso Euromediterráneo sin derecho a voz ni a voto desde 1999. Yemen solicitó recientemente incorporarse como observador pero fue rechazado por los Quince.

El Proceso Euromediterráneo se basa en dos grandes ejes: los acuerdos de asociación entre países de la Unión Europea y países terceros de la cuenca mediterránea, y la aplicación de los programas de ayuda MEDA (medidas técnicas y financieras encaminadas a la reforma de las estructuras sociales y económicas en los países no miembros del Mediterráneo). Todo ello con el objetivo final de crear en el horizonte del 2010 una zona de libre comercio euromediterránea.

Los acuerdos incluían tres aspectos: político y de seguridad (3) (cooperación en materia de seguridad mediante mecanismos de resolución pacífica de los conflictos y el control de armamentos); económico y financiero (refuerzo de las relaciones comerciales con el objetivo de crear en el 2010 una zona de libre comercio en la cuenca mediterránea, que sería la mayor del mundo con 700 millones de consumidores potenciales); y social, cultural y humano (con el fin de aproximar las sociedades de ambas orillas). Su aplicación preveía dos vías complementarias: la de acuerdos bilaterales y la de ámbito regional o multilateral.

Se acordó impulsar de igual manera el programa de trabajo estableciendo alrededor de 20 sectores de cooperación en los campos político, social, económico, cultural y humano.

La Conferencia de Barcelona perseguía crear un foro global para acometer la solución de un conjunto de problemas comunes a la zona euromediterránea y originar una dinámica de relaciones multilaterales sin precedentes en el área, orientadas fundamentalmente a temas de libre cambio, seguridad y estabilidad. Buscaba igualmente fomentar la cooperación Sur-Sur, la diplomacia preventiva, la participación de sectores tanto públicos como privados, etc. Para el seguimiento del proceso abierto, se creó el Comité Euromediterráneo del Proceso de Barcelona, compuesto por los representantes de la «troika» (representantes de la Presidencia anterior, de la actual y de la siguiente).

El gran interrogante del desafío planteado en Barcelona fue si los mecanismos desplegados serían suficientes para llevar a cabo tan ambicioso proyecto.

De Barcelona a La Valetta

Pasados unos meses de la celebración de la Conferencia de Barcelona, los socios europeos se habían olvidado en parte de lo acordado. Otros problemas como la crisis económica, la implantación de la moneda única o las epidemias del ganado requerían solución más inminente. En la otra orilla, la desconfianza entre Israel y los miembros árabes se acrecentaba por el clima de inestabilidad que se vivía en Oriente Próximo, pero ello no fue razón suficiente para detener el Proceso Euromediterráneo, que había nacido en Barcelona con una clara vocación de largo plazo.

En el orden económico, el Reglamento MEDA sufrió una serie de retrasos y las incertidumbres se ciñeron sobre el funcionamiento de este instrumento financiero hasta su

(3) Las delegaciones árabes e israelí plantearon sus divergencias respecto a este capítulo. Líbano dejó constancia de su derecho a defenderse de la ocupación israelí «por todos los medios legítimos» en lugar de «por medios legítimos». Siria pidió incluir el principio de «Paz por Territorios». Agencia Efe, citada por GARCÍA SUÁREZ, P.: «De Barcelona a Marsella», *Nación Árabe* número 43, p. 67. Febrero, 2001.

entrada en vigor en septiembre de 1996. Las inversiones para países en desarrollo de Oriente Próximo y del norte de África fueron asimismo más bajas de lo previsto inicialmente.

Se firmaron acuerdos bilaterales con Túnez, Israel y Marruecos y uno provisional con la Autoridad Nacional Palestina. Se iniciaron los trámites para nuevos acuerdos con Egipto, Argelia, Jordania y Líbano, y se entablaron conversaciones con Siria. También los otros tres miembros —Chipre, Malta y Turquía— establecieron acuerdos de asociación con la Unión Europea.

En lo que respecta al plan multilateral, durante estos primeros meses se limitó a incrementar el diálogo entre las partes y avanzar hacia los objetivos estipulados en los tres capítulos de la Conferencia de Barcelona:

- Se adoptaron medidas de confianza (red de corresponsales políticos y de seguridad, inventarios de armamento, etc.); se debatió un plan de actuación para el refuerzo de la democracia, la diplomacia preventiva, medidas de confianza y seguridad, desarme, terrorismo y crimen organizado; se inició la elaboración de una «Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad»; y se comenzaron actuaciones para formación e información de diplomáticos.
- Se celebraron seis reuniones sectoriales de industria, sociedad de la información, energía, turismo, gestión del agua y pesca, que dieron lugar a los correspondientes acuerdos sectoriales. También se celebraron reuniones de expertos en Pequeñas y Medianas Empresas (PYMES) y en transporte marítimo.
- Se establecieron principios comunes de actuación en el ámbito del patrimonio cultural que se reflejaron en 14 proyectos de interés común. Se celebraron reuniones relativas a religión, drogas y crimen organizado. Sin embargo, no se avanzó en el campo de la justicia ni en el de los asuntos internos.
- También se celebraron reuniones del Comité Euromediterráneo, del Grupo de Altos Funcionarios y de Expertos.

El balance de esta primera etapa fue globalmente satisfactorio, en particular en lo relativo a la política y a la seguridad. Parecía esperanzadora la trascendencia que podría tener el Proceso Euromediterráneo en el Proceso de Paz de Oriente Próximo, puesto que constituía el único foro que congregaba a la casi totalidad de los actores mediterráneos y que trataba el tema de la seguridad regional.

Con el fin de analizar la situación en cuanto al estado en que se encontraba el asociacionismo, determinar el grado en que se habían conseguido los objetivos fijados en Barcelona (confirmando y no renegociando dichos objetivos), reforzar la consolidación de Proceso y para emitir directrices para el futuro, se convocó una nueva Conferencia Euromediterránea en Malta a celebrar en el primer semestre de 1997.

En concreto, los objetivos fijados para esta nueva Conferencia fueron:

- Evaluar los resultados obtenidos en el marco de la Asociación Euromediterránea y aprobarlos. Se trataba pues de analizar los resultados en los tres capítulos, identificando los puntos en los que se habían producido retrasos o fracasos y verificar la complementariedad entre los acuerdos bilaterales y los regionales.

- En un segundo paso, confirmar las orientaciones y objetivos adoptados en Barcelona, eventualmente modificándolos en ciertos aspectos e impulsándolos en otros. En este sentido, se trataba de detectar las dificultades para que los socios del Sur se adaptasen a una nueva forma de mercado más abierta y para llevar a la práctica los Acuerdos Euromediterráneos de Asociación.
- Adoptar medidas complementarias para el periodo comprendido entre esta Conferencia de La Valetta y la siguiente. Se trataba de discutir los campos en los que se podrían alcanzar avances suplementarios o en los que se podrían fijar nuevos objetivos.

La primera medida de orientación de la Conferencia habría de ser la de confirmar la voluntad de los socios de establecer una zona de prosperidad compartida e instaurar el libre cambio para mejorar el nivel de vida y minimizar las desigualdades entre los socios, en el horizonte el 2010. Para ello sería necesario una segunda medida de orientación de aproximar las políticas respectivas en los campos clave relacionados con esa zona económica común. La tercera medida sería la de adaptar en lo posible las políticas económicas de los miembros a los cambios previstos en la economía europea. Y por último, una cuarta medida de puesta en funcionamiento de una política de refuerzo de la cooperación interregional.

De La Valetta a Stuttgart

La conferencia de La Valetta —segunda del Proceso Euromediterráneo— se celebró los días 15 y 16 de abril de 1997, coincidiendo con el recrudecimiento de la situación en Oriente Próximo a causa del empeño israelí por construir un asentamiento en Yabal Abu Gunaim, junto a la zona árabe de Jerusalén. En ella, además de ratificar y reafirmar —como era de rigor— los compromisos contraídos en Barcelona, se reconoció la importancia de cumplimentar lo acordado en Madrid, de respetar las resoluciones de Naciones Unidas y de mantener el principio de «paz por territorios» para poder avanzar hacia la paz en Oriente Próximo.

Pero la estabilidad en Oriente Próximo había empeorado desde la llegada al poder del Likud en mayo de 1996. El primer ministro Netanyahu se aferraba obstinadamente al argumento de la seguridad como condición para seguir negociando con los palestinos, presionando así sobre el Proceso de Paz con esta nueva opción de «paz por seguridad por territorios». En aras de esa «seguridad» su gobierno adoptó una serie de medidas como el estricto control de personas en Jerusalén, la ampliación de la política de asentamientos para crear núcleos residenciales para colonos judíos en el corazón de los territorios de la Autoridad Nacional Palestina, los cierres de los accesos a Gaza y Cisjordania y otras, que llevaron al Proceso de Paz a un total estancamiento. La retirada de Hebrón se produjo con demasiado retraso y el proceso dejó de avanzar, especialmente cuando el gobierno de Netanyahu aprobó la construcción de nuevos asentamientos judíos en Har Homa, al este de Jerusalén. Incluso Estados Unidos, tradicional aliado de Israel y cuya impotencia mediadora quedaba en evidencia por momentos, llegaron a cansarse de la actitud del gobierno Netanyahu, y tanto este país como la propia Organización de Naciones Unidas anunciaron la posibilidad de proclamación del Estado palestino. También era evidente la incapacidad de los europeos para presionar hacia la paz, a pesar de los esfuerzos del enviado especial señor Moratinos.

A todo esto, la Unión Europea se consideraba pieza clave en el Proceso de Paz de Oriente Próximo. El papel que asumía respecto a este conflicto había quedado expresado en la Declaración de Venecia de junio de 1980 y fue ratificado posteriormente en los sucesivos Consejos de Jefes de Estado y de Gobierno. En este sentido, la Unión se atribuía entre otros el papel de promotor del diálogo regional a través del Proceso Euromediterráneo, considerando que dicho Proceso y el de Paz de Oriente Próximo, «aunque separados», eran «complementarios» (4).

Pero el tiempo transcurrido desde Barcelona y las dificultades de diversa índole que vivía el Proceso Euromediterráneo hacían necesario darle un impulso, para lo que se convocó una nueva Conferencia en Stuttgart a celebrar los días 15 y 16 de abril de 1999. Se presentaba una buena ocasión para definir y concretar los contenidos y propuestas de la política euromediterránea para mantener la confianza que desde Barcelona se había depositado en el Proceso. Los preparativos de esta nueva conferencia se realizaron en Valencia en el mes de enero. Allí se fijaron los objetivos a alcanzar en Stuttgart, entre los que figuraba el de establecer un marco multilateral euromediterráneo para cubrir los aspectos relacionados con las tres áreas del Proceso, establecer medidas de acompañamiento en el ámbito regional y proyectar una conferencia sobre cuestiones de inversión. Más que en aspectos técnicos se pretendía centrar la atención en los políticos, gran asignatura pendiente del Proceso.

También se incluyeron en la agenda el asunto de la deuda y el espinoso tema de la implicación europea en Oriente Próximo. Las conversaciones de Wye Plantation habían puesto de manifiesto que el liderazgo estadounidense en las negociaciones no era lo suficientemente fuerte como para impedir una escalada de la crisis. Los Estados europeos eran conscientes de esta debilidad norteamericana, pero también eran conscientes de que la Unión Europea no estaba ocupando el lugar que le correspondía y lo que es más importante, existía el interrogante de si Europa sería capaz de actuar con una sola voz, o por el contrario ocurriría como en Bosnia o Albania.

De Stuttgart a Marsella

La Conferencia de Stuttgart —primera del Proceso que se celebró en un Estado no mediterráneo— tuvo lugar como ya dijimos durante el mes de abril de 1999. Lo tratado en ella constituyó un nuevo punto de partida para situar las relaciones euromediterráneas y unos nuevos lazos para reforzarlas. Se trataba de dar un salto cualitativo con respecto a las anteriores conferencias euromediterráneas para evitar caer en la celebración rutinaria de una nueva reunión, sin profundizar, avanzar y consolidar los logros obtenidos hasta la fecha en torno al partenariado.

Entre los temas más destacados en esta Conferencia figuraba la presentación de una guía para la elaboración de la «Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad». Carta que pretendía servir como instrumento para llevar a término los principios de la Declaración de Barcelona relativos fundamentalmente a paz y estabilidad. Con este documento se buscaba intensificar el diálogo político para prevenir tensiones y crisis y para mantener

(4) «The EU,s Mediterranean & Middle East Policy», página *web* oficial de la Unión Europea.

la paz y la estabilidad mediante la seguridad cooperativa. También se buscaba desarrollar progresivamente medidas de fortalecimiento del partenariado, de mejora de las relaciones de vecindad, la cooperación regional y la diplomacia preventiva.

Se creó un grupo de trabajo para redactar el texto de la Carta con la esperanza de que el documento definitivo viera la luz en cuanto hubiera una situación política propicia para ello.

Por estas fechas sin embargo, a pesar de los hitos alcanzados desde 1995, se detectan ya algunos desfases entre los principios generales y objetivos de la Declaración de Barcelona y los resultados obtenidos. El más importante de ellos a nuestro juicio, es que los firmantes de Barcelona subestimaron la complejidad del problema de Oriente Próximo.

En Stuttgart, el partenariado se mantuvo demasiado conservador frente a los hitos conseguidos hasta entonces con relación a Oriente Próximo. Otros temas tan importantes para esta región como el de los recursos hídricos y de petróleo quedaron sin tratar.

Problemas como el de la libre circulación de personas y la inmigración quedaron sin aclararse. Este último además se debatió solamente desde el punto de vista de la seguridad pública.

También por estas fechas, en noviembre de 1999, la OSCE celebró en Estambul la cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, en la que se firmó la «Carta para la Seguridad Europea», en la que se pretendía definir mejor el papel de la Organización para el nuevo milenio. Su objetivo no era otro que reforzar su capacidad de prevención de conflictos, su resolución en caso de producirse y la rehabilitación de sociedades destrozadas por la guerra.

A comienzos del año 2000 y al margen de la situación en Oriente Próximo antes apuntada, el Proceso de Barcelona, seguía teniendo más sombras que claros, con unos acuerdos de asociación que no lograban despegar del todo, con una zona de libre comercio, inicialmente fijada para el horizonte del 2010, que cada vez se veía más lejana, con unos programas MEDA que no se llevaban a cabo correctamente y con unas inversiones europeas muy bajas en la cuenca mediterránea.

¿De Marsella a Barcelona?

Con la Intifada de *Al-Aqsa* como telón de fondo, la sola idea de que árabes e israelíes se sentaran en la misma mesa de Marsella para hablar de estabilidad y de cooperación podía parecer una broma de mal gusto, tanto que el ejecutivo francés se planteó la posibilidad de anular su celebración. Sin embargo, y a pesar del boicoteo de Siria y Líbano por la negativa europea a condenar las agresiones israelíes, la Conferencia se celebró los días 15 y 16 de noviembre de 2000. Pero esta situación forzada no estuvo exenta de las correspondientes servidumbres: no sólo no pudo ser una conferencia de jefes de Estado sino que tampoco se pudo firmar el documento estrella, esto es, la «Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad».

Durante las sesiones, los ministros mantuvieron una larga discusión en torno a la situación en Oriente Próximo, que hacía que se viviera el momento más delicado del Proceso

Euromediterráneo desde su comienzo en Barcelona. Manifestaron su preocupación por la incidencia que esta situación tenía y podía tener en la estabilidad de la región y sobre todo por la cantidad de vidas que había perdido la población de la zona, que se encontraba desprotegida. Los ministros reiteraron la necesidad de aplicar lo acordado en Sharm El-Sheij y volver a la situación anterior al 28 de septiembre de 2000 como requisito indispensable para poner fin a la violencia. En este sentido, algunos de ellos incidieron en la importancia de restablecer la libertad de movimientos y levantar todo tipo de restricciones en los territorios de la Autoridad Nacional Palestina. No faltaron referencias a la exigencia del cumplimiento de los Acuerdos de Oslo y de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, como tampoco faltaron al principio de «paz por territorios» ni a la necesidad de reabrir la banda de Siria y Líbano.

El ministro palestino de Planificación y Cooperación Internacional, Nabil Shaath, pidió en nombre de su pueblo protección internacional para detener la violencia en Gaza y Cisjordania y manifestó que cuatro de los componentes de la delegación palestina no estaban presentes en la Conferencia por la prohibición israelí para que salieran del país. Shaath pidió a los europeos una mayor implicación en la solución de la crisis (5).

El ministro de exteriores francés Hubert Védrine manifestó que a pesar de que la Conferencia se desarrollaba en un clima desfavorable:

«La Unión Europea está convencida de que la cooperación euromediterránea es suficientemente importante en sí misma y para el futuro, y debe proseguirse, al margen de las vicisitudes del Proceso de Paz» (6).

Los ministros de la Unión Europea reafirmaron por otro lado su postura común en relación al apoyo al derecho de los palestinos a constituir su propio Estado. Para ello invocaron a la postura común recogida en la Declaración de Berlín de marzo de 1999 y en la Declaración de Biarritz de octubre de 2000 (7).

Pero quizás lo más significativo de esta conferencia fue la presentación del borrador de la «Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad», en cuyo contenido e importancia los ministros estuvieron de acuerdo, pero cuya firma quedó aplazada en espera de una situación política más propicia (8).

En otro orden de cosas, Alemania, Reino Unido, Suecia y Austria pidieron ampliar las ayudas económicas a los países del Este, principalmente a los Balcanes, utilizando fondos inicialmente destinados al Mediterráneo, argumentando que los fondos MEDA no se habían desembolsado en su totalidad y que por tanto no eran realistas, y con vistas al

(5) ESTERUELAS, B.: «Los palestinos piden a la Unión Europea que rompa su neutralidad cínica», *El País*, 16 de noviembre, 2000.

(6) *Ibid.*

(7) Declaración de Marsella, adoptada en la IV Conferencia Euromediterránea. Marsella, 15 y 16 de noviembre de 2000.

(8) *Ibid.* «Dicho proyecto descansa en un enfoque global de la estabilidad, teniendo en cuenta el conjunto de sus dimensiones políticas, económicas, financieras, culturales, sociales y humanas, y se presenta como un acuerdo marco de naturaleza evolutiva, no vinculante desde el punto de vista jurídico, que sirve de instrumento político para la puesta en práctica gradual de los principios de la Declaración de Barcelona, por lo que respecta a las cuestiones globales de la paz y la estabilidad.»

apoyo del nuevo régimen de la República Federal de Yugoslavia y la ampliación de la Unión Europea hacia el Este. España y otros países del sur de Europa se opusieron a tales medidas por razones obvias.

Se acordó celebrar una reunión ministerial en el segundo semestre de 2001 bajo la Presidencia belga y una nueva edición —la quinta— de la Conferencia Euromediterránea durante el primer semestre de 2002, de nuevo en Barcelona.

Otros foros mediterráneos

Aparte de los mencionados hasta ahora y como decíamos al inicio de este estudio, en el escenario mediterráneo han existido o existen otros foros entre cuyos objetivos también se encuentra la estabilidad y la seguridad regional. Unos y otros han tratado de encontrar caminos de entendimiento con resultado diverso. Por orden cronológico de creación podemos citar:

Grupo de Contacto de la OSCE (Capítulo Mediterráneo)

Fue creado en 1990 con la participación de los 54 miembros de la OSCE más Argelia, Egipto, Israel, Líbano, Libia, Marruecos, Siria y Túnez. Inicialmente tenía por finalidad proteger el ecosistema mediterráneo, pero pronto pasó a tratar temas de seguridad y de cooperación. Durante su existencia no ha obtenido ningún resultado digno de mención y se puede considerar en vía muerta.

Iniciativa 5+5

Surgió en 1990 para propiciar el diálogo entre los países ribereños de la Unión Europea (España, Francia, Italia, y Portugal) y los de la recién creada Unión del Magreb Árabe (Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez). A ellos se unió Malta posteriormente. Su objetivo era promover la seguridad en el Mediterráneo Occidental y, a diferencia de otras iniciativas mediterráneas, tenía la peculiaridad de la presencia de Libia entre sus miembros.

Después de la reunión inicial en Roma en 1990 y de la siguiente en Argel en 1991, las sanciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas contra Libia por el atentado de Lockerbie y las posturas divergentes de los miembros respecto al problema de Oriente Próximo, enfriaron el foro. Superadas las condiciones que lo habían frenado, desde enero de 2001 y por iniciativa portuguesa se intenta revitalizar el diálogo que durante años ha estado inactivo.

Diálogo Mediterráneo de la UEO

Fue creado en 1992 con la participación de los Estados miembros y asociados de la Unión Europea Occidental (UEO), a los que se añadieron Argelia, Egipto, Israel, Jordania, Marruecos, Mauritania y Túnez. Sus propósitos eran entre otros promover la transparencia y la búsqueda del arreglo pacífico de las controversias. No obtuvo ningún resultado digno de mención. Como consecuencia de los resultados de la cumbre de Niza del año 2000 esta iniciativa ha entrado también en vía muerta.

Foro Mediterráneo

Fue creado en 1994 con la participación de Argelia, Egipto, España, Francia, Grecia, Italia, Malta, Marruecos, Portugal, Túnez y Turquía, con objeto de aportar ideas en los ámbitos político, cultural y de seguridad. Su última reunión ha tenido lugar en Argel en junio de 2001. Con el paso del tiempo se ha convertido en un proceso paralelo al Euromediterráneo.

Diálogo Mediterráneo de la OTAN

La Alianza Atlántica, consciente de la importancia del Mediterráneo para la paz y la estabilidad europeas, inició en 1994 un diálogo con Mauritania y cinco países ribereños: Egipto, Israel, Jordania, Marruecos y Túnez.

Este Diálogo Mediterráneo tuvo su origen en la Declaración de Bruselas de 1994, en la que los jefes de Estado y de Gobierno de los países aliados se refirieron a los avances del Proceso de Paz de Oriente Próximo, constatando que abría el «camino al estudio de medidas para fomentar el diálogo, el entendimiento y el refuerzo de la confianza entre los países de la región», y afirmaron que respaldaban «todos aquellos esfuerzos encaminados a reforzar la estabilidad regional». En la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de países de la Alianza de diciembre de 1994, se declaró la disposición a «establecer contactos —siempre caso por caso— entre la Alianza y los países mediterráneos no miembros a fin de contribuir al fortalecimiento de la estabilidad en la región».

El objetivo del Diálogo es contribuir a la seguridad y la estabilidad del Mediterráneo, mejorar la comprensión mutua y corregir los errores de percepción sobre la OTAN en los países que participan en dicho foro y fortalecer otros esfuerzos internacionales que implican a los países mediterráneos, como el Proceso de Helsinki, el Proceso de Paz de Oriente Próximo, y el Proceso Euromediterráneo, todo ello sin duplicar esfuerzos ni crear división de tareas.

Colectivo internacional de ayuda al desarrollo

Este colectivo está integrado por unas 45 Organizaciones No Gubernamentales (ONG) de nueve países mediterráneos (Marruecos, Túnez, Jordania, Líbano, Palestina, Argelia, Italia, Francia y España) cuyo objetivo es la ayuda al desarrollo de los países de Oriente Próximo y Magreb.

Tiene su sede central en España y pretende revitalizar las políticas de codesarrollo e integración entre el norte y el sur del Mediterráneo y buscar fórmulas de interrelación entre las diferentes organizaciones públicas y privadas.

Esta asociación fue creada este año 2001 y constituye la primera red de ONG para la cooperación Norte-Sur en el ámbito Mediterráneo.

Análisis de resultados

Los procesos

Desde la cumbre de Helsinki y a pesar de la celebración de múltiples reuniones, la CSCE no había avanzado en la consolidación de la estabilidad mediterránea.

Mientras tanto, en el Mediterráneo se desarrollaron dos procesos político-institucionales paralelos a estos encuentros de la CSCE, procesos que tienen unos objetivos muy parecidos a los que pretendía la CSCM: crear fórmulas de seguridad, cooperación e intervención en los conflictos del Mediterráneo. Hablamos del Proceso de Paz de Oriente Próximo y del Proceso Euromediterráneo. Estos Procesos tienen un valor añadido respecto a la CSCE, puesto que están haciendo realidad lo que ésta pretendió desde un principio sin conseguirlo.

La OSCE, ya como tal, ha recuperado —o mejor dicho, no ha perdido— su dimensión mediterránea a través del documento de Budapest de diciembre de 1994. Como se ha visto, estableció un grupo permanente de contacto para el intercambio de información de interés mutuo y la aportación de ideas.

Una de las características fundamentales que se supone a la OSCE es la eficacia inherente a su capacidad teórica de intromisión. Pero esta eficacia no puede darse por igual en todas las regiones, siendo especialmente complicada su actuación fuera de los países miembros. Así, los países no europeos del Mediterráneo podrán escuchar las sugerencias de la OSCE, pero difícilmente permitirán una intromisión en la toma de decisiones de sus propios gobiernos.

En el Mediterráneo no actúa una institución única ni un proceso único y posiblemente se esté produciendo un solapamiento de iniciativas en evolución. A pesar de que algunos analistas piensan que deben existir procesos *distintos y complementarios* (9), consideramos que es preciso actuar con *uno solo* y que éste debe ser efectivo. Necesita para ello incrementar sus posibilidades en la prevención de conflictos y en la gestión de crisis y plantearse como herramienta para extender la estabilidad a través de la cooperación.

Pero, en cualquier caso, insistimos en la necesidad de tener en cuenta las enormes diferencias entre los países europeos y los del sur del Mediterráneo. En lo que respecta al análisis de los procesos que afectan por separado a unos y a otros, estas diferencias se manifiestan en lo que sigue: por un lado, en los procesos llevados a cabo en Europa, donde los riesgos de confrontación militar han existido tradicionalmente, los capítulos sobre seguridad fueron siempre prioritarios. Sin embargo, en el Mediterráneo, donde hay una gran desproporción en las capacidades militares entre los países del Norte y los del Sur, son prioritarios otros capítulos como el de la cooperación o el de los derechos humanos. Por otro lado, en los procesos que afectan a Europa hay una gran homogeneidad cultural entre sus participantes, que comparten el mismo sistema de valores. Sin embargo, aunque existan muchos lazos históricos que unen a los pueblos de ambas orillas, no se puede decir que compartan la forma de vida. En nuestro análisis sobre las posibilidades de actuación en el Mediterráneo quizás este último aspecto sea el más relevante.

Si otros procesos han funcionado en Europa ha sido fundamentalmente porque los países del centro y del este de Europa, afectados casi de continuo por crisis o conflictos,

(9) Valgan como ejemplo las declaraciones de Ramón de Miguel, secretario de Estado para Europa, *Diálogo Mediterráneo* 2010 número 19, pp. 6 y 7. Diciembre 2000, o las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores francés Hubert Védrine citadas anteriormente.

han aspirado tradicionalmente a integrarse en las instituciones europeas y porque estos mismos países percibían riesgos, tanto internos como externos, como parte del escenario de seguridad común.

Ni una cosa ni otra ocurren en la región mediterránea. En el Mediterráneo, aunque ambas orillas impulsen fórmulas para la cooperación regional, no tienen el objetivo de alcanzar una integración política. Esto ha quedado de manifiesto, por ejemplo, en el proceso de ampliación de la Unión Europea: países como Turquía, aunque compartan con otros países europeos estructuras de seguridad, encuentran enormes dificultades para compartir otras estructuras como la económica o la política. No cabe duda de que la cultura marca una distancia a veces difícil de salvar.

A la vista de lo planteado podemos decir que la ausencia de un pasado común de los actores y la falta de aspiraciones a la integración en los países de la región, hace mucho más difícil la aplicación de procesos que pretendan ser válidos en todo el conjunto euromediterráneo. Pero no queremos decir que esto sea imposible, simplemente queremos manifestar que se requieren instrumentos y medios distintos para la aplicación de los procesos en Europa y en el Mediterráneo. Por ejemplo, en el Oriente Próximo, el único camino para alcanzar un arreglo a los conflictos será el de los tratados de paz entre Israel y los países árabes; pero si lo que se pretende es resolver un problema europeo tienen cabida fórmulas distintas como la de una cooperación que lleve a una integración gradual a velocidades acordes con el desarrollo de los países afectados.

El Proceso Euromediterráneo

Los Quince desarrollaron una estrategia común para reforzar las relaciones culturales, sociales y, sobre todo económicas entre los países europeos y los de la ribera sur del Mediterráneo con el interés de extender su influencia y sus mercados a otras regiones y de fortalecer sus vínculos con zonas vecinas, que para algunos miembros de la Unión Europea eran novedosas. Oficialmente se trataba de la creación de un espacio de «paz y estabilidad política, de bienestar material, de respeto a los derechos humanos y de cooperación social, cultural y científica», pero la verdadera intención parecía más bien ser la expansión de Europa desde el punto de vista empresarial, el control de la seguridad a ambos lados del Mediterráneo, el freno de los flujos migratorios hacia el Norte, la preservación del frágil equilibrio Norte-Sur ante la ampliación europea por el Este, y el deseo de contrarrestar la influencia norteamericana en la zona. Fruto de estas intenciones nació el Proceso Euromediterráneo.

El primer punto discutible de este Proceso nacido en Barcelona, es precisamente su composición, que queda recogida en su nombre. ¿Por qué no se constituyó un foro solamente de países mediterráneos para tratar los problemas del Mediterráneo? ¿Puede funcionar estando constituido por países europeos miembros que no se ven afectados por gran parte de los problemas de la región?

Los europeos descubrieron en Malta cómo los proyectos de cooperación euromediterránea topaban con el omnipresente escollo del conflicto árabe-israelí. En otro orden de cosas, otra serie de obstáculos dificultaban el avance del proceso. Los diferentes niveles de desarrollo entre los socios europeos y los del sur mediterráneo, las enormes dis-

paridades en la renta *per cápita* y en los salarios, la elevada dependencia comercial del Sur respecto del Norte, el lento incremento de las inversiones extranjeras en los países menos desarrollados, la cuestión de la deuda, la incertidumbre respecto a la liberación comercial de los productos agrícolas y las medidas restrictivas al movimiento de los ciudadanos, no hacían más que confirmar a algunos sus sospechas de que la Asociación podría convertirse en un mecanismo de acceso a los mercados para los productos europeos y una forma de frenar el flujo de inmigrantes hacia los países del Norte.

En Stuttgart, los firmantes de Barcelona subestimaron la complejidad del problema de Oriente Próximo. Quizás por ello, y ante el temor de que el Proceso Euromediterráneo se viera frenado —aún más— por el Proceso de Paz, es por lo que surgieron voces que sugirieron que el primero no debe implicarse en la resolución del segundo por cuanto éste requiere negociaciones bilaterales.

En esta Conferencia, el partenariado tuvo la ocasión de afianzar los compromisos ya contraídos para la paz en Oriente Próximo, pero se mantuvo a la defensiva y no supo encontrar áreas de entendimiento desde las que abordar las crisis y los problemas. Como dijimos, temas tan importantes para esta región como el de los recursos hídricos y de petróleo quedaron sin tratar.

Tanto en La Valetta como en Stuttgart quedó en evidencia la incapacidad para impulsar los aspectos políticos, sociales y humanos del Proceso Euromediterráneo, a pesar de los esfuerzos realizados. También quedó de manifiesto la falta de puntualidad en el desembolso de las ayudas comprometidas.

En Marsella, cumbre eclipsada por la situación en Oriente Próximo, era poco menos que absurdo plantear la ratificación de la «Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad» en un momento en que algunos de los Estados que la iban a firmar eran actores directos o indirectos en la grave situación que se vivía en Oriente Próximo. Por otro lado, la Carta —de firmarse— constituiría únicamente una declaración de intenciones. Iba a nacer por tanto sin carácter vinculante para los firmantes.

En cuanto al balance económico y comercial de esta cumbre, se constató que el nivel de inversión, principalmente extranjero, seguía siendo insuficiente para mantener el crecimiento e incentivar la oferta de los socios, y que el proceso de integración regional Sur-Sur sólo se hallaba en ciernes.

En lo relativo al «cesto» social, cultural y humano, se reconoció que no se habían explotado por completo todas las potencialidades, en particular las relativas a aspectos sociales, a la sociedad civil y a la dimensión humana de la Asociación.

El balance financiero vino marcado por la lentitud del pago de los créditos y la complejidad de los procedimientos.

En Marsella se demostró —como antes apuntábamos— que difícilmente los países del norte de Europa, preocupados por asuntos más cercanos, pueden ser partícipes de la realidad mediterránea. De este modo Alemania, Reino Unido, Suecia y Austria, propusieron desviar los fondos MEDA hacia la reconstrucción de los Balcanes, donde se encuentran sus intereses en mucho mayor grado.

Seis años después de Barcelona I, la cooperación humana entre ambas orillas permanece bloqueada, el desarrollo humano de los pueblos del Sur continúa en regresión, y las diferencias sociales y económicas entre ambas orillas siguen aumentando.

Seguridad

Es obvio que el concepto de seguridad ha cambiado después de la guerra fría. Durante aquellos años tuvo una dimensión horizontal —el enfrentamiento entre los dos bloques— pero desde los años noventa tiene una dimensión vertical (este concepto ha cambiado también en la OTAN desde la Conferencia de Roma de noviembre de 1991). El volver los ojos hacia el Sur nos obligó a cambiar dicho concepto puesto que los factores de estabilidad no se encontraban tanto en las amenazas militares, que también los eran, como en otras de carácter sociopolítico, económico o cultural. Por ese motivo, se pasó a hablar de «seguridad cooperativa». En otras palabras, aunque las amenazas de tipo militar no han desaparecido, ya no son percibidas como elementos de atención prioritaria.

Lo que en la nueva terminología se denominan «nuevos riesgos» y que afectan a la seguridad de Europa respecto al Mediterráneo, pueden encontrarse básicamente en las diferencias demográficas entre Norte y Sur, el lento crecimiento económico y las altas tasas de desempleo en el Sur, y los problemas políticos de los regímenes árabes para mantener su legitimidad frente al crecimiento del integrista islámico. Analicemos cada uno por separado para comprender la forma en que estos elementos desestabilizadores afectan a la seguridad.

Actualmente Europa tiene que hacer frente a un crecimiento de la inmigración proveniente del Sur, a la vez que al debilitamiento e inestabilidad económica de sus vecinos mediterráneos. La masiva inmigración de musulmanes y árabes, pertenecientes a otra cultura, está llevando a Europa a muchos dilemas de tipo político y cultural y está provocando que desde el Sur se vea la europea como una cultura opuesta.

En cuanto a los aspectos económicos, la debilidad del Sur pone en peligro la estabilidad europea, porque se rompe el equilibrio entre Estados vecinos. No es favorable para la estabilidad que existan países económicamente muy fuertes como son los de la Unión Europea, con vecinos que son todo lo contrario. Por eso se fomenta la cooperación internacional en aspectos económicos.

Respecto a los Estados árabes, desde el fin de la guerra fría, el estallido de la guerra del Golfo y el inicio del Proceso de Paz de Oriente Próximo, han cambiado su actitud hacia Occidente y sus planteamientos de seguridad, y se han visto obligados a buscar vías de «democratización» para sus regímenes totalitarios. A estos cambios hay que añadir la desaparición de la URSS como agente externo en el Oriente Próximo, que deja a los países árabes a merced de la influencia norteamericana.

Los países árabes de Oriente Próximo son conscientes de que no tienen más salidas que buscar la paz con Israel. Este giro y el inicio de negociaciones ha provocado que los gobiernos árabes tengan que hacer frente a la oposición de muchos sectores, especialmente los grupos religiosos, y ha propiciado que las tensiones ya no sean causa de la herencia del colonialismo, sino de las propias relaciones interárabes.

Como consecuencia de todas estas transformaciones, los árabes han comenzado a interesarse en el Mediterráneo, en los diálogos con las organizaciones y foros internacionales y, además, han accedido al asociacionismo euromediterráneo. Las causas directas de esta evolución en la postura árabe han sido el interés en una estructura económica fuerte que evite la caída de los regímenes políticos frente a una oposición en aumento y el deseo de participar en instituciones de cooperación internacional, que les permitan tomar parte con voz y voto en los asuntos mediterráneos.

Entonces, dado este interés mutuo, ¿cuál es el pacto de seguridad en las relaciones euromediterráneas? Entendemos que el objetivo de los europeos es el fortalecimiento de los escenarios político y económico a largo plazo (por ello el Proceso Euromediterráneo insiste en la pluralidad política) y que el objetivo de los Estados de la ribera sur es conseguir la cooperación económica y política, y evitar o contener la interferencia europea en los asuntos internos de sus Estados.

Aunque los planteamientos son distintos, es aquí donde radica en definitiva el interés común: atacar las raíces de los conflictos (pobreza, deterioro medioambiental, sobrepoblación, carencia de instituciones legítimas, etc.). Esto ha llevado a la necesidad de mecanismos para la prevención de los conflictos, de ahí el Proceso Euromediterráneo. Pero ya hemos visto que el campo de aplicación de estos mecanismos es limitado y a las razones apuntadas anteriormente habría que añadir que los Estados europeos no ven la falta de pluralismo político y de respeto a los derechos humanos en los países del Sur como un obstáculo para el crecimiento político y económico de la Unión Europea, a diferencia de lo que ocurre respecto a los países del Este; y que los países del Sur no van a aceptar discusiones sobre sus minorías, dado que lo consideran un asunto interno, igual diferencia con los países del Este.

Pero aunque un pacto de estabilidad y desarrollo en el Mediterráneo no sería capaz de resolver los problemas antes citados, no se descarta que pueda funcionar para resolver otros asuntos, como el problema del agua, las fronteras, las infraestructuras, etc.

En relación a otros aspectos de la seguridad, la Asociación Euromediterránea puede ser válida para la diplomacia preventiva, la gestión de crisis e incluso la reconstrucción de la paz. Sin embargo, la realidad de los últimos años ha demostrado que la intervención occidental en los conflictos árabes, es percibida por los propios árabes como un instrumento de Occidente para la interferencia y dominación en un sentido antiárabe y anti-musulmán. Ésta ha sido por ejemplo su percepción de la actuación de Occidente en el caso de Irak, por ello la Asociación no funcionará para la imposición de la paz.

Tampoco es positiva la percepción de las estructuras militares occidentales que pueden actuar en el Mediterráneo (EUROFOR, EUROMARFOR, STANAVFORMED y CAFMED) que no son vistas como instrumentos para la «seguridad cooperativa», sino todo lo contrario. Con esta percepción es muy poco probable que ningún planteamiento en términos defensivos pueda prosperar entre ambas orillas.

Sin embargo, podría haber indicios de que en el futuro se podría conseguir el entendimiento en materia de seguridad entre el Norte y el Sur. Estos indicios serían el éxito de la cooperación euromediterránea en otros aspectos, el éxito del Proceso de Paz de Oriente Próximo, o el éxito de SFOR y KFOR en Bosnia-Herzegovina y la República

Federal de Yugoslavia respectivamente, donde por primera vez ejércitos de países occidentales y de países árabes han llevado y llevan a cabo de forma combinada operaciones de apoyo a la paz.

Finalmente, el atentado terrorista de la Torres Gemelas de Nueva York cuyas tremendas repercusiones en la seguridad mundial no escapan a nadie, puede constituir el revulsivo que impulse de nuevo el Proceso de Paz de Oriente Próximo, cuyas consecuencias serán acusadas en el marco mediterráneo. Para ello será necesario que los medios de comunicación social eviten la interpretación de los hechos como el fruto de un choque de civilizaciones.

Conclusiones

El proceso iniciado en Helsinki ha demostrado no ser válido para el Mediterráneo. Todos los intentos de diálogo iniciados en su seno han encontrado como obstáculo el conflicto de Oriente Próximo. Se requieren medios e instrumentos diferentes para la aplicación de procesos de seguridad y cooperación en Europa de los que serían necesarios en el Mediterráneo.

Desde su origen, el Proceso Euromediterráneo ha estado lastrado por el conflicto de Oriente Próximo. La gravedad del escollo que supone esta cuestión se refleja en el fracaso que como mediadora ha sufrido la Unión Europea, cuyo papel en la zona ha quedado reducido al de pagar las facturas de un Proceso de Paz en el que apenas le queda margen de actuación, y al de observadora de las gestiones que realiza Estados Unidos.

Si bien es cierto que el Proceso Euromediterráneo es el único foro internacional, aparte de Naciones Unidas, en el que se sientan las partes implicadas en el conflicto de Oriente Próximo y en el que la Autoridad Nacional Palestina es reconocida como un miembro más, los mecanismos desplegados han sido insuficientes para frenar la violencia en la región por las siguientes causas:

- No se puede considerar «separados» ni «complementarios» ambos Procesos por las razones expuestas en el párrafo anterior. Ambos son inseparables. Los intentos de separar artificialmente ambos procesos han llevado al fracaso. Como dijo el profesor Bichara Khader, «desligar ambos Procesos no es práctico y resulta contraproducente» (10).
- La firma de la «Carta Euromediterránea de Paz y Estabilidad» en la región no suponía un compromiso vinculante para las partes enfrentadas en Oriente Próximo.

La paz en Oriente Próximo es un requisito previo al éxito total de la cooperación en la región.

Con el fracaso de Marsella, la Unión Europea pierde una oportunidad de oro, que será aprovechada por Estados Unidos para consolidarse como mediador en Oriente Próximo. Se debilitan las esperanzas árabes de una mediación europea con capacidad de complementar a la norteamericana.

(10) KHADER, B.: «La Asociación Euromediterránea: tareas pendientes», *IPTS Report* número 25. 1998.

Por otro lado, el Proceso Euromediterráneo está cargado de contradicciones y dificultades. A día de hoy no se puede afirmar que dará origen a una prosperidad general y a una estabilidad política en la región mediterránea, más bien lo contrario.

La estabilidad y la prosperidad mediterráneas parecen todavía algo muy lejano por causas debidas bien a los actores, al marco en su conjunto, o a los instrumentos.

A pesar de esta cruda realidad, Occidente no se puede resignar al «choque de civilizaciones», antes bien, debe rebelarse contra los vaticinios de Huntington, y la forma de hacerlo ha de ser mediante la cooperación en todos los campos, de manera que se acorten las diferencias entre el mundo rico y el menos desarrollado. Por ello, los procesos iniciados deben mantenerse activos a pesar de los negros nubarrones que se cierren sobre ellos.

Bibliografía

Artículos de prensa

AGUIRRE, M.: «Mediterráneo: construcción de una región», *Boletines CIP/INET* números 1, 2 y 3. Otoño 1995-invierno 1996.

ALGORA WEBER, M.^a D.: «De la Conferencia de Madrid a la Conferencia de Barcelona», *AHA*. Octubre, 1995.

- «El Mediterráneo: una reflexión para el nuevo milenio», *Boletín de Información del CESEDEN* número 267. Madrid, enero de 2001.

BORRELL, J.: «El Proceso de Barcelona tres años después», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 11. Noviembre, 1998.

BUSQUETS, G.: «Primer aniversario de la Conferencia de Barcelona», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 5. Marzo, 1997.

CLARET, A.: «Participar en el diálogo mediterráneo», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 16. Marzo, 2000.

COTELO SUILS, M.: «Seguridad... ¿para quién?», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 9. Mayo, 1998.

DIETER MEHR, K.: «La seguridad en el Mediterráneo: ¿Hacia una OSCM?», *Boletín de Información del CESEDEN* número 267. Madrid, enero de 2001.

EL MALKI, H.: «De Barcelona a Stuttgart: ¿qué perspectivas euromediterráneas?», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 16. Marzo, 2000.

- «Vers de nouvelles formules de partenariat euro-méditerranéen», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 17. Julio, 2000.

ESTERUELAS, B.: «Los palestinos piden a la Unión Europea que rompa su neutralidad cínica», *El País*, 16 de noviembre de 2000.

- «Siria y Líbano ausentes de la Conferencia Euromediterránea», *El País*, 15 de noviembre de 2000.

FRADE, C.: «Los países árabes se niegan a suscribir la declaración de la Unión Europea sobre Palestina», *El Mundo*, 17 de noviembre de 2000.

- «La crisis de Oriente Próximo hipoteca la Cumbre Euromed», *El Mundo*, 16 de noviembre de 2000.

KHADER, B.: «La Asociación Euromediterránea: tareas pendientes», *IPTS Report* número 25. 1998.

GARCÍA SUÁREZ, P.: «De Barcelona a Marsella», *Nación Árabe* número 43. Febrero, 2001.

IZQUIERDO ROJO, M.: «Un proyecto a medio y largo plazo», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 11. Noviembre, 1998.

IZQUIERDO ROJO, M. y VILLA MATEOS, P.: «Un nuevo impulso para el Proceso Euromediterráneo», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 12. Febrero, 1999.

- LÓPEZ AGUIRREBENGOA, P.: «El Magreb y el Proceso Euromediterráneo. Una perspectiva europea y española». *Cuadernos de Estrategia* número 106. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Ministerio de Defensa. Madrid, 2000.
- MARÍN, M.: «Foro Parlamentario Euromediterráneo», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 11. Noviembre, 1998.
- «Barcelona: reequilibrio hacia el Sur», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 15. Diciembre, 1999.
- MAYOR OREJA J.: «Paz y estabilidad en el Mediterráneo», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 14. Septiembre, 1999.
- ORTEGA, A.: «Año de siembra en un cruce de siglos», *Anuario Internacional CIDOB*. Barcelona, 1997.
- PIERINI, M.: «La Conferencia de Barcelona un año después», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 5. Marzo, 1997.
- PRAT Y COLL, J.: «La Conferencia de Barcelona y el II Foro Euromed en Nápoles: el porqué de la sociedad civil», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 8. Marzo, 1998.
- RODRÍGUEZ ZAPATERO, J. L.: «El Mediterráneo en el escenario global», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 18. Diciembre, 2000.
- SOLANA J.: «Una verdadera política mediterránea de la Unión Europea», *Diálogo Mediterráneo 2010* número 15. Diciembre, 1999.
- «NATO and the Mediterranean», *Mediterranean Quarterly*. Marzo, 1997.
- VV. AA.: «Cataluña vuelve a impulsar el Proceso Euromediterráneo», *Boletín Informativo Info Med* número 8. Diciembre, 2000.

Entrevistas

- LANQUAR, R.: «El bloqueo del Proceso de Paz hace más necesario si cabe el progreso de la cooperación euromediterránea» (entrevista con Pierre Moscovici, ministro delegado de Asuntos Europeos), *Diálogo Mediterráneo 2010* número 9. Mayo, 1998.
- «El Proceso de Barcelona y la Conferencia de Marsella» (entrevista con Ramón de Miguel, secretario de Estado para Europa), *Diálogo Mediterráneo 2010* número 19. Diciembre, 2000.

Editoriales

- Editorial: «La continuación de Barcelona». *Diálogo Mediterráneo 2010* número 5. Marzo, 1997.

Libros

- CONFERENCIA DE SEGURIDAD Y COOPERACIÓN EN EUROPA, textos fundamentales. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1992.
- GUERRAOUI, D.: *Los grandes desafíos económicos*. Icaria. Barcelona, 2000.
- VV. AA.: «El mundo a los 50 años de la Segunda Guerra Mundial. Helsinki 20 años después», *Cuadernos de la Escuela Diplomática* número 11. Madrid, 1996.

Otros documentos

- Declaración de Barcelona, adoptada en la Conferencia Euromediterránea (27-28 de noviembre de 1995).
- Declaración de Marsella, adoptada en la IV Conferencia Euromediterránea (15-16 de noviembre de 2000).
- «Mensaje del Alto Representante de la Unión Europea. para la PESC». Barcelona, 25 de noviembre de 2000, *Diálogo Mediterráneo 2010* número 19. Diciembre, 2000.
- Nota interna. «Un nuevo impulso a la cooperación en el Mediterráneo y en Oriente Próximo». Ministerio de Asuntos Exteriores. Gabinete del Ministro. (Sin fecha).

CSCE. Informe de la Reunión de Expertos en La Valetta relativo a la cooperación en el Mediterráneo, de 26 de marzo de 1979.

- Cuestiones relativas a la seguridad y a la cooperación en la Región del Mediterráneo, en Venecia, de 26 de octubre de 1984.
- Informe de la Reunión sobre la Región del Mediterráneo, en Palma de Mallorca, de 19 de octubre de 1990.

Ponencia presentada por el excelentísimo señor don Arturo Esteban, senador del Grupo Parlamentario Popular y miembro de la delegación española en la Asamblea Parlamentaria de la OSCE sobre el Mediterráneo. Mónaco, octubre de 1997.

Páginas de Internet consultadas

www.osce.org

www.europe.eu.org

www.cip.fuhem.es

www.malta.euromed.net

www.euromed.net

www.jrc.es

www.attac.org

www.monde-diplomatique.fr